

la única esperanza de los rebeldes, las únicas existentes en Texas. Dice igualmente, y ya copié esas líneas, que al vencer á Houston le daba el golpe final á la revolución. ¿Entonces, para qué la goleta? Si en la batalla con Houston vencía Santa Anna, no había necesidad de goleta porque ya no había más enemigo que combatir, y si Santa Anna era vencido, tenía que perder también la goleta. El *cuento de la goleta* lo termina S. E. diciendo : « pero cuando se alistaban los botes y chalanes, de que se había provisto también el coronel Almonte, llegó un buque de vapor y le dió fuego (1). »

Mansfield, dice : « Mr. Vogel, alemán dueño de la goleta que incendió el *Star*, reclamó su valor al gobierno de Texas en 1838, más 2,600 pesos, que el jefe mexicano Dalmonte le había ofrecido porque le pusiese á disposición del general Santa Anna. El gobierno texano sólo reconoció el precio de la goleta, y el quejoso apeló al rey de Prusia. No tengo conocimiento del resultado. » Es innegable que ese jefe mexicano, Dalmonte, es el coronel Almonte.

El Secretario particular del general Santa Anna, acaba de aclarar el punto relativo á la decisión del general Santa Anna, de embarcarse para Matamoros ó Tampico, abandonando á su ejército.

(1) *Manifiesto*.

(2) Mansfield, *Texas*, pág. 512.

« Ya se había prevenido de oficio desde Béjar al general Don Francisco Vital Fernández, ordenase al comandante de la goleta de guerra mexicana *General Bravo*, anclase en el Cópano á recibir órdenes de S. E. el general en jefe (1). »

Continúa engañando á la nación S. E. : « En la mañana del 19 mandé al capitán Don Marcos Barragán al paso de Linchbourg distante de New-Washington tres leguas, para que observase y me comunicara con oportunidad la llegada de Houston, y el 20 á las 8 de la mañana se me presentó participándome que Houston llegaba á Linchbourg (2). » El secretario particular del general Santa Anna impugna esta afirmación. « Es cierto que el capitán Don Marcos Barragán fué el día 19 con algunos dragones al paso de Linchbourg; pero no á observar la llegada de Houston, sino á preparar los chalanes que al día siguiente debían facilitarnos el paso (3). »

¿De dónde había tomado Santa Anna esos chalanes que debían facilitar el paso del río Linchbourg? No los había llevado consigo ni tuvo tiempo de mandarlos construir. Esos chalanes son á los que se refiere Santa Anna cuando nos cuenta que iba abordar con ellos la goleta que estaba en New-

(1) Martínez Caro, *Primera campaña de Texas*, nota de la pág. 21.

(2) *Manifiesto*.

(3) Martínez Caro, *Primera campaña de Texas*, nota de la pág. 24.

Washington. Queda pues, descubierto el plan de Santa Anna. Cuando vió que no podía usar de la goleta para embarcarse, porque el vapor americano *Star* le dió fuego, entonces cargó con los chalanes que había encontrado en New-Washington donde tenía que haberlos como en todos los puertos donde los barcos no descargan directamente sobre los muelles.

¿Para qué quería pasar Santa Anna el río? Para ponerlo entre él y Houston y darse tiempo á ir á otro puerto donde pudiese embarcarse. Es necesario al estudiar la campaña de Texas, conocer bien su geografía, porque es la ignorancia de ella sobre la que Santa Anna basó su aplomo para mentir impunemente. Después de que Houston pasó el río Brazos y cuya noticia recibió Santa Anna en Harrisbourg como él mismo lo asegura, estaba del mismo lado del río que Houston, es decir, los dos habían quedado en la región comprendida entre los ríos Brazos y Trinidad; para atacar á Houston, Santa Anna no necesitaba pues pasar ningún río, y por consiguiente eran inútiles los chalanes.

Pero Houston en realidad no trataba de pasar ningún río sino de derrotar á Santa Anna, y es nada menos el segundo en jefe Filisola, quien nos da á conocer el plan de Houston, de entera conformidad con lo que exponen los autores norteamericanos y texanos. Habla Filisola: « Este (el

enemigo) después de los primeros reveses había adoptado el plan de quemarlo todo y retirarse tan luego como nos aproximásemos, para que no encontrásemos ningunos recursos, y si cometíamos alguna imprudencia, aprovecharse de ella. En efecto, así lo fué practicando con cuanto dejaba tras de sí. Houston, al abandonar la orilla izquierda del Colorado, se fué á situar á quince leguas más arriba de San Felipe, en el paso del río Brazos llamado Gross, en donde tenían un *steamboat* para facilitarse el paso, con el objeto de observar los que iban á las inmediatas órdenes del general en jefe y á las del general Gaona. El día 15 de Abril estuvo en aptitud (Houston) de poder atacar al Sr. Gaona, al Presidente ó á mí, en San Felipe ó camino de aquella villa para Holdfort. Le pareció más oportuno hacerlo con el presidente, porque estaba del otro lado del río Brazos y sin enlace ninguno con las demás fuerzas, echó pues río abajo el *steamboat* para llamarnos la atención, y se dirigió sobre S. E. (1). »

Se vé claramente que Houston, como ya lo había anunciado á su gobierno, tenía un plan premeditado y técnico, y que jamás pensó en pasar el río Trinidad por ninguna parte, sino en pasar sobre Santa Anna y destruirlo. Este general, por el contrario, aparentaba no tener plan, y por tal motivo,

(1) Filisola, *Defensa*, pág. 2.

un día se le ocurrió dejar á sus fuerzas diz que para ir á aprehender personalmente á seis polICASTROS indefensos con 700 infantes, 50 dragones y un cañón, tarea que correspondía á un teniente de caballería. Después se le ocurrió, para no ir á batir á un enemigo *indisciplinado y despavorido*, pedir refuerzos. Después discurrió ir á salvar á 50 dragones de *una carga marítima, de buques que podían arribar*. Después, en vez de atender á Houston, discurrió abordar una goleta, y por último se apoderó de unos chalanes para ir á batir á un enemigo que ya estaba en su mismo campo y cuando no había entre ambos, río de por medio. Pero sí había plan fijo en Santa Anna, y era embarcarse y abandonar á su ejército á la miseria y á la derrota.

Abandonaba al ejército á la miseria más abrumadora, porque desde Béjar ordenó al general Sesma que tomara al enemigo los víveres y demás recursos que necesitase, porque ya no los había en la proveeduría general; y Santa Anna sabía lo que Filisola nos dice en el documento que he citado y que todo el ejército conocía, y era que el enemigo incendiaba sus propiedades y destruía á su paso todos los recursos, que eran muy pocos, para matar el hambre de nuestras tropas.

Abandonaba Santa Anna su ejército á la derrota, porque gracias á su impericia inconmensurable, la posición del ejército el 15 de Abril, cinco días antes

del primer contacto de Houston y Santa Anna, era desastrosa la posición del ejército mexicano, porque Filisola nos dice: « El general presidente se hallaba en camino de Harrisbourg como veinte leguas distante del Señor Sesma; yo á 16 de éste; el Sr. Gaona perdido en el desierto de Wastrap á San Felipe, sin que supiésemos de él; el Sr. Urrea en Matagorda, distante 30 leguas del Sr. Sesma, más de 40 de mí y 50 del presidente. El mismo Urrea distaba de Goliad otras 30 ó más, y los destacamentos de Victoria, el Cópano y Goliad á 45 leguas de Béjar, donde estaba el general Andrade (1). » Esta era la destrucción, ó más bien dicho, la pulverización dada á un ejército que sólo contaba en totalidad con 5400 hombres. He ahí la ciencia militar de un general que pasaba por ser el primero de la República, y á quien sus aduladores le habían dado el título de *Napoleón Primero de América*. »

..

¿Por qué Santa Anna se había propuesto cometer la deslealtad infame de abandonar á su ejército? Porque ante todo, y después de todo, era condottiero. No tenía en su conciencia, en sus deberes, en sus aspiraciones, en sus entusiasmos y en su

(1) Filisola, *Defensa*, pág. 13.

llamado patriotismo, más que una obligación, un colosal deber : atender á la gloria de su persona para desplomarla despóticamente sobre la nación. Todo lo que no fuera él, tenía que ser visto por su ambición como un andrajo, aunque fuera la patria, el honor de la nación, la dignidad de su ejército y la vida de sus soldados. En el alma del condotiero sólo hay una palabra que representa al mundo, á la religión, á la ciencia, á la humanidad, á la moral y al crimen : ¡Yo! Sin compasión para nadie, sin atención aunque insignificante para algo, sin grandeza para mucho más; el condotiero se dedica á su programa irrevocable, la inmensidad de su persona, que todo lo debe aplastar. En el egoísmo de un condotiero el mejor microscopio no puede mostrar la más infinitesimal traza de altruísmo. El condotiero es la bestia política con brama incesante de egoísmo absoluto.

Hemos visto que después de la toma del Álamo, el general Santa Anna envió un parte falso á su gobierno afirmando que había causado más de 600 muertos al enemigo; con el objeto de hacer del asalto del Álamo un hecho de armas tan importante para su persona como la bufa batalla de Zacatecas que le había valido el título de *Marte mexicano* y el decreto del Congreso, declarándolo benemérito de la patria en grado heroico.

Confeccionada así la nueva superchería para con-

tinuar embobando á una nación que de buena fé creía ser el poder militar más formidable del universo, Santa Anna dispuso dejar Texas, encomendando á Filisola que diera fin con los restos intimidados, despavoridos é insignificantes de la revolución. Y vimos también que el general Filisola, ayudado por el coronel Almonte, consiguió detener la marcha de Santa Anna á México, donde debía recibir el premio de sus grandes victorias, que no habían sido casi más que escaramuzas celebradas con el asesinato de los heridos y el fusilamiento de los prisioneros aun después de haber capitulado condicionalmente.

Es de presumir que Santa Anna accedió á las instancias de los jefes Filisola y Almonte, porque creyó que Houston iba á continuar con la imbécil táctica de esperar á pie firme con pequeños destacamentos, á fuerzas cinco ó más veces superiores, como sucedió en el Álamo, en el Refugio, en el Perdido y en la emboscada puesta al Dr. Grant.

Desde que el 24 de Marzo el general Ramírez y Sesma pidió refuerzos al general Santa Anna, porque no se consideraba capaz de batir á Houston, Santa Anna comprendió que sus subordinados no habían tragado la vasta *rueda de molino*, de que el enemigo no hacía más que huir despavorido, *rueda empacada* y enviada al gobierno mexicano para *menú* glorioso de la nación. Pensó entonces que re-

forzando á Sesma hasta hacerlo superior en fuerzas á Houston, éste expondría en una batalla el segundo tercio de las fuerzas rebeldes, pero Houston se movió en retirada, amparado por espesos bosques y sin separarse nunca de ellos, á grandes distancias.

Cuando el coronel Drumondo, proveedor del ejército mexicano, notificó al general en jefe que habían concluído los víveres y demás recursos, y que no habían llegado ni había esperanzas de que llegasen del interior de la República; Santa Anna ordenó al general Sesma que para vivir tomase los víveres y demás recursos del enemigo. Pero S. E., que era muy inteligente, debió haber comprendido que el enemigo no había de aceptar el cargo de alimentar, vestir y proveer de municiones al ejército mexicano, y como primera prueba de que los rebeldes renunciaban al cargo de nodrizas de las fuerzas de Santa Anna, apareció el incendio de la villa de González y la destrucción completa de toda clase de recursos por la mano enérgica del enemigo.

El general Santa Anna había, en su brillante carrera de revolucionario, hecho la guerra en la parte mejor poblada del país, la que ofrecía ilimitados recursos á beligerantes que sólo contaban para subsistir con la exacción y el pillaje. Pero no siendo Texas lo mismo, sino muy diverso por el clima que no consentía desnudeces, ni andrajos, y más se-

vero aún porque sus plantas silvestres no eran alimenticias y porque su población era casi inapreciable en tan inmenso territorio; resultaba que el ejército, haciendo uso del mayor pillaje y esmero para atacar la propiedad particular, no podía subsistir en Texas más allá de un mes.

El general Santa Anna pensó entonces de una manera irreprochable, que si después de haber anunciado á la nación con énfasis napoleónico la reconquista de Texas y la *carbonización* del enemigo, volvía á la ciudad de México con un ejército de espectros desnudos, vacilantes, lúgubres, teñidos por el paludismo, completamente descarnados por el hambre, ulcerados por las enfermedades y abatidos por desastres climatológicos y guerreros, los besamanos se convertirían en mordidas, los *Te Deums* en maldiciones, los arcos triunfales en lapidaciones, los repiques en silbidos, y se cumpliría la ley histórica para los condotieros: basta una derrota para arrojarlos del poder, sellarlos como traidores, porque todos los pueblos que creen tener soldados invencibles, no conciben como motivo de derrota más que la traición de su tirano.

Cuando Santa Anna llegó á los escombros del que fué San Felipe de Austin, incendiado por el enemigo, debió aterrarse de tanta resolución de los rebeldes para que el ejército mexicano muriera de hambre lo más pronto posible. ¿Qué hacer entonces?

— Embarcarse en el primer puerto de Texas, para el Cópago, donde debía esperar las órdenes de S. E. la goleta de guerra mexicana, *General Bravo*, llegar á Tampico, subir á San Luis Potosí, enviar á México correos extraordinarios anunciando, que no habiendo ya nada que hacer en Texas, porque no quedaba más que la basura de la lucha, S. E. había dejado precisas instrucciones á sus generales y buenas escobas para que á lo más en veinte días quedase aseado el territorio de Texas de la rebelde canalla. Una vez enviados los correos, no había que hacer más que tomar algunos baños tibios y perfumados, afeitarse, plantarse el gran uniforme de gala, rociarse el pecho con un centenar de condecoraciones fantásticas por *Austerlitz* y *Wagrams* imaginarios, y aparecer en la capital con la solemnidad de un Budha, para que el populacho, quitando como siempre los caballos del carruaje presidencial, y sustituyéndose á las bestias, lo condujese á la Catedral, donde un estuche con frascos de óleos sacros, proporcionaría el bautismo de olímpica é imperecedera gloria, mientras en puro canto gregoriano, el obispo, adiamantado, haría arrodillar á todos los asistentes á los pies de *divus* Antonio reconquistador insigne de Texas.

Pocos días después aparecería saliendo de Texas el ejército de espectros desfallecientes y abatidos, mandados por generales con la cabeza baja, abru-

mados por la desesperación y la vergüenza, y entonces Santa Anna, con su aplomo habitual, señalaría á esos jefes como ineptos y cobardes, que no habían sabido cumplir sus instrucciones, y que por el contrario, habían destruído en pocos días su magna obra. Se les habría consignado ante un consejo de guerra, cuya consigna sería sentenciar á la deshonra y degradación á los jefes que no habían podido mantener muy alto las glorias legendarias del ejército y los ejemplos magno-alejandrinos del general Santa Anna. Poco importaba que *la rueda de molino* fuera el mismo calendario azteca de piedra pegado como parche al costado occidental de la Catedral, el país la hubiera tragado como una simple cápsula farmacéutica de éter ó aceite de ricino. Santa Anna, como excelente condotiero, era lo único que conocía bien la potencia del país para deglutir montañas como si fuesen píldoras, siempre que fueran de exquisito sabor para la vanidad nacional. El pedestal de todas las falsas glorias de Santa Anna, siempre fué nuestra megalomanía social.

Afortunadamente Houston nos libró del culto babilónico á Santa Anna por algunos años, y de los males que todos los dioses guerreros han causado á sus adoradores. La batalla de San Jacinto no significó nada para la patria; con ella, triunfando ó derrotados, ó sin ella, Texas estaba bien perdida desde el momento en que el ejército á duras penas y á ración

de convaleciente en sus primeros días de restablecimiento, sólo podía durar á lo más un mes en territorio texano, ó perecer. La batalla de San Jacinto, dicen los creyentes, que fué dedicada por la Providencia, especialmente al general Santa Anna para abatir su soberbia y castigar sus crímenes; y los que no son creyentes tienen que ver la batalla de San Jacinto, no como la obra de una providencia vengadora, sino como la obra maestra del mismo Santa Anna. Todos los tiranos abominables, han sido los arquitectos de su propio cadalso.

CAPÍTULO XVII

UN MODELO DE BATALLA SANTANISTA.

Seguiré la relación de la batalla de San Jacinto, hecha por el general Santa Anna en su *Manifiesto*, marcando los desatinos é inexactitudes : « A mi llegada se encontraba Houston posesionado de un bosque en las orillas del Bayuco de Buffalo, cuyas aguas se incorporan allí en el río de San Jacinto y componen parte de las del Gálveston. Su situación (la de Houston) lo precisaba á batirse ó á tirarse al agua (1). »

Esta afirmación es simplemente una fanfarronada de S. E. con el objeto de hacer creer al pueblo mexicano que Santa Anna era el perseguidor, y que le había impuesto el combate á Houston acorralándolo, cuando quien imponía el combate era Houston. El coronel del ejército mexicano, Pedro Delgado, que estuvo al lado del general Santa Anna en San Jacinto, dice : « Las tropas de los rebeldes se hallaban á tiro largo de cañón, metidas en un espeso bosque, que se encontraba á la derecha de la división mexi-

(1) *Manifiesto de 10 de Mayo de 1837.*